

En el archipiélago canario, Hernández efectuó incursiones para reconocer, dibujar y describir la flora y la fauna de las islas. De este modo, mostraba ya claramente cómo entendía su tarea científica, más allá de las instrucciones recibidas. En todo momento, parece claro que él interpretó su misión como una suma de las prácticas habituales del naturalista y del médico, en donde «hacer la historia de las cosas naturales» implicaba –como ya hemos explicado– mucho más que recoger información sobre remedios medicinales. Aunque no se han conservado los libros redactados sobre la naturaleza de las Canarias, lo que el mismo Hernández nos dice sobre ellos es una prueba de que su idea de erigirse en el Plinio de Felipe II *historiando* todas sus posesiones formó parte en todo momento de su particular manera de interpretar su misión.

En noviembre de 1570, la flota llegó a Santo Domingo, donde el protomédico no dudó en recopilar información para otros libros de su historia natural que estarían dedicados a la isla Española y a Cuba, ya que también hicieron escala en esta otra isla. Finalmente, seis meses después de salir de Sevilla, la flota llegó al puerto de Veracruz, en febrero de 1571; desde allí, ascendieron hasta la ciudad de México, que debía convertirse en el epicentro de las actividades del protomédico durante los siguientes seis años, puesto que partiría de regreso a Sevilla en febrero de 1577. Estos seis años completos de residencia en Nueva España pueden dividirse claramente en dos fases de casi idéntica duración.

Durante la primera fase, Hernández dedicó la mayor parte de los tres primeros años –hasta marzo de 1574– a recorrer la casi totalidad de los territorios entonces controlados por el virreinato de Nueva España, desplegando una actividad viajera y expedicionaria de primer orden, organizada básicamente de tres formas concretas. La primera de ellas consistió en efectuar múltiples salidas desde la ciudad de México a las poblaciones cercanas, dentro de un radio de acción cuya distancia no iba más allá de la que podía abarcarse en una jornada; así, cubrió prácticamente toda la región de la cuenca lagunar desde Chapultepec a Chalco, desde Tacuba a Xochimilco, desde Guadalupe a Texcoco. La segunda forma de organizar la exploración del territorio consistió en llevar a cabo salidas desde México un poco más prolongadas, que

tenían como objetivo la estancia en poblaciones de la región central, que se consideraban de especial interés para los objetivos de la empresa. En este sentido, merecen destacarse: la ruta que le llevó a Santa Fe y de ahí a Toluca, donde los fósiles de animales atrajeron poderosamente su atención; las estancias en Cuernavaca (que Hernández designa siempre con el nombre náhuatl de *Quauhnáhuac*), especialmente por la huerta que Bernardino del Castillo mantenía allí; y la ruta que le llevó hasta el hospital de Huaxtepec, ciudad que había sido el «*exhuberante jardín botánico del emperador Moctezuma*» antes de la conquista. La tercera forma de explorar el territorio consistió en organizar tres salidas expedicionarias de gran recorrido. La primera comprendió la exploración de Oaxaca, hasta el «*Mar Austral*»; la segunda se concentró principalmente en la exploración de Mechoacán; y la tercera fue un dilatado viaje al Pánuco (actual estado de Hidalgo), que comprendió dos rutas principales, desde Texcoco, pasando por Teotihuacan e incluyendo la exploración de lo que hoy es el estado de Guerrero.



En todas las salidas desde México, el protomédico iba acompañado por un grupo de colaboradores reclutados casi siempre por él mismo. Lo formaban: mozos y acemileros para el transporte de enseres y personas; escribientes, pintores y herbolarios, tanto indios como españoles, encargados de recoger por escrito sus dictados, traducirlos y hacer de intérpretes con sus informadores, dibujar del natural plantas, animales u otras escenas, copiar esos dibujos y pintarlos sobre papel a partir de los apuntes tomados en el campo y otras tareas similares. Por otro lado, el grupo expedicionario incluyó siempre a su hijo Juan y algunas veces (menos de las que hubieran

sido deseables) al cosmógrafo Domínguez que, si bien colaboró con entusiasmo en las primeras fases, luego se desentendió bastante de las salidas expedicionarias.

Para los viajes más largos, que obligaban a pernoctar en ruta, se planearon las diversas etapas tomando como apoyo la red de conventos y hospitales, sobre todo franciscanos pero también dominicos y agustinos, establecida por los colonizadores a medida que fueron expandiendo su dominio sobre el territorio. Estos hospitales aunaban –como era lo más normal en la época– la función estrictamente asistencial a los